

Rívoli y se hizo dueño de Mantua, castigando á Venecia por haber dado auxilios á los austriacos, celebrando por fin el famoso tratado de Campo-Formio.

En la larga serie de sus admirables conquistas, no se mostró sólo capitán aguerrido, sino que dió pruebas de profundo político, organizando y administrando los pueblos con la misma celeridad con que los iba conquistando, y dándoles todo el alivio que estaba en su mano, después de los inevitables desastres de la guerra.

Josefina conquistó durante aquella campaña la admiración hasta de los mismos enemigos de la Francia.

—Yo gano las batallas y ella los corazones, decía Bonaparte con mucha razón.

Determinado á saciar su ambición, que era tan grande como su fama, *el coloso del siglo*, como se le llamaba con tanta verdad, dió la vuelta á París, y pensó en el golpe de Estado que debía acabar de levantar su nombre á tan gigantesca altura.

Sin embargo, su gran penetración le dijo que aun no era tiempo de llegar al poder supremo, que era el objeto de todos sus deseos; y para facilitar el camino, propuso al Gobierno la campaña de Egipto.

Su entrada en París fué un triunfo de los más grandes que ha presenciado la Francia: el Directorio salió á recibirle. Josefina, sentada á su lado en

un magnífico carruaje, participaba de los honores que se le tributaban y llevaba impresa en su rostro la alegría.

Barrás llevó en su compañía á Hortensia y á Eugenio, que iban á recibir á sus padres. Josefina los estrechó contra su pecho, y Napoleón los abrazó también con íntimo afecto, haciéndoles subir en su mismo carruaje.

Josefina se retiró al palacio de la Malmaison, situado en las cercanías de París, y se llevó consigo á sus hijos, de los que ya no quería volver á separarse, y Bonaparte, ocupado activamente de sus proyectos de expedición, iba también á hallar su descanso en aquel lindo palacio de recreo.

Partió al fin para la gigantesca campaña de Egipto, que debía ser el escabel de su inmensa elevación: su despedida de Josefina y de sus hijos fué en extremo tierna: la pobre esposa sintió que su corazón se oprimía dolorosamente, como si fuese présago de las torturas con que tendría que pagar la elevación de su marido.

XVI.

Calmado ya el primero y más agudo dolor de la ausencia, empezó de nuevo para Josefina aquella apacible vida que antes había llevado con sus hijos.

Eugenio ingresó en el colegio de artillería, y Hortensia tuvo una aya que se encargó de enseñarle todas las habilidades de su sexo y de cultivar su natural talento.

La Malmaisón era una residencia deliciosa cerca de París, y en la que se disfrutaba el agradable silencio del campo, la libertad que en el mismo se disfruta, y la animación que trae la proximidad de una gran capital.

Josefina pasaba su vida cuidando flores, bordando, conversando con sus hijos, y escribiendo largas cartas á su marido.

Este había marchado al frente de un numeroso ejército, y bien sabida es la serie de triunfos que alcanzó en aquella gloriosa campaña.

Cuando se lee la relación que de aquel tiempo hicieron testigos oculares, no se sabe qué admirar más, si la audacia de Napoleón al acometer tan ardua empresa, ó el valor, la actividad y el talento que desplegó para llevarla á cabo.

Entre las memorables batallas que dió Bonaparte, puede citarse la de las Pirámides, al frente de las cuales dijo á sus soldados con aquella elocuencia guerrera, en la cual, según dice un ilustre escritor, no tuvo otros rivales que Aníbal y Julio César:

«¡Mirad, ¡Desde la cima de esos monumentos, cuarenta siglos os contemplan!»

Terminada la campaña, desembarcó en Frejus

el 9 de Octubre de 1799, y entró en París el 16 del mismo.

Encontró la Francia del mismo modo que él presumía hallarla: tras las iras populares, había llegado la inercia del sumo dolor que engendra siempre el desorden: aquella nación se hallaba exhausta; humillada por sus enemigos, desgarrada por intestinas discordias: Bonaparte al salvarla, se elevó hasta una altura que poco antes hubiera parecido fabulosa.

El día 10 de Noviembre disolvió por la fuerza el Consejo de los Quinientos, y creó el 1.º de Enero siguiente una nueva forma de gobierno. Ducos y Sieyes le ayudaron en esta empresa colosal, y el mismo Bonaparte fué nombrado primer cónsul *durante su vida*.

Francia respiró. Francia sacudió el letargo mortal que la oprimía, y abrió los ojos á la luz y á la vida.

Restablecióse el orden, se reformó la administración, y se vieron libres de enemigos las fronteras de la República.

Muy pronto se cansó Napoleón del reposo y de las dulzuras ociosas de la vida doméstica, y pensó en ir á echar á los austriacos de Italia, lo que en efecto ejecutó, pasando los Alpes por el monte de San Bernardo, y cayendo desde allí sobre la retaguardia del ejército enemigo, á quien destruyó con fuerzas muy inferiores en la famosa batalla de Marengo.

Cuando de vuelta de aquella colosal expedición entró en París, el pueblo tendía á su paso tapices y le arrojaba palmas, laureles y coronas de perfumadas flores.

Aquel delirio y aquellas coronas hicieron pensar al coloso de ambición en la corona imperial, y su sagaz política empezó á destruir las conspiraciones y los lazos que se le tendían, y á preparar el camino del trono, donde quería llegar en breve.

La historia recordará siempre con indignación y dolor al desgraciado duque de Enghien, que fué una de las ilustres víctimas sacrificadas á la ambición de Napoleón Bonaparte.

En fin, el 18 de Mayo de 1804 se ciñó aquél la corona imperial, y fué reconocido inmediatamente como soberano por varias cortes de Europa.

Josefina dejó su bello y pacífico retiro de la Malmaison por el palacio Imperial, y por el trono que Napoleón quiso dividir con ella desde el primer instante, pues la hizo coronar juntamente con él, dándole así la más pública y elocuente prueba del amor que siempre la había profesado.

Inmensas olas se agitaban en la suntuosa catedral de Nuestra Señora el día 2 de Diciembre de 1804: el Papa había enviado á Napoleón la corona imperial, y él mismo iba á colocarla en la frente de Josefina.

Esta se hallaba bella, radiosa, y el exceso mismo de su felicidad daba á sus facciones como una

expresión de angustia: su extrema palidez contrastaba con el brillo de sus ojos: detrás de su sillón, y antes que las damas de honor, se hallaban en pie sus dos hijos, en cuyos juveniles y bellos semblantes se leía el exceso de una alegría expresada sin rebozo.

Josefina llevaba un traje de terciopelo blanco, y un manto de terciopelo carmesí bordado de oro y sujeto en el hombro izquierdo con un broche de deslumbradora pedrería.

Brillantes y perlas de un valor incalculable se veían también en su garganta y brazos: entre la cascada de sus negros cabellos resía sus pendientes de rubíes y brillantes, dando mayor belleza á su gracioso y dulce rostro.

Hortensia llevaba traje blanco, también de raso y hecho con suma sencillez: un collar de ricas perlas ceñía su virginal garganta, y de perlas eran también las sartas que se entrelazaban á sus cabellos rubios y que adornaban sus brazos.

No se podía imaginar nada más hermoso que aquella madre: nada más bello y seductor que aquella hija: y el pueblo, que tanto se paga del exterior, aplaudía frenético á toda la familia imperial.

Cuando el Emperador coronado ya, tomó de los celebrantes la corona imperial, para ceñirla á la frente de Josefina, un clamor universal se levantó en las naves del templo.

Hortensia exhaló un grito de alegría, y Eugenio enjugó una lágrima.

Al salir del templo para tomar los carruajes, Josefina paseó una mirada en torno suyo para saludar al público, que la vitoreaba calurosamente: aquella mirada cayó sobre una mujer vestida de negro, que la miraba á su vez fijamente.

La nueva Emperatriz se estremeció: era Teresa. Estaba mucho más pálida, mucho más flaca que algunos años antes: la fiebre había hundido sus ojos y descompuesto para siempre su hermosura, que ya no existía.

Nada dijo á Josefina; pero ésta sintió que se oprimía su corazón, y una palidez mortal cubrió su semblante.

XVII.

Inmediatamente después de su elevación al trono, Napoleón adoptó por hijo suyo á Eugenio Beauharnais, y le dió el virreinato de Italia, contratando su boda con la princesa Amelia de Baviera.

Pero no bien celebrado aquel enlace, Josefina tuvo que añadir nuevo dolor al que le causaba la ausencia de su hijo: el Emperador apareció de repente á sus ojos violentamente enamorado de su

hija Hortensia, que era un modelo de gracia y de encantos juveniles.

Aquella afición desordenada permaneció oculta para todos, pues se miraba el afecto de Napoleón á la joven como puramente paternal, y se le elogiaba por su misma ternura; pero á los ojos de la esposa y de la madre, no podía ocultarse la verdad, y tanto más, cuanto que su misma turbación vendía á Hortensia.

Mas ¿cómo interrogarla? ¿Cómo despertar su dormida inocencia? Acaso era sólo un presentimiento lo que así la agitaba: acaso el Emperador no había aún profanado los oídos de Hortensia con ninguna declaración osada. Josefina, sin saber qué partido tomar, callaba, y los días se pasaban para ella en una amargura indescriptible.

Batallaban en su alma su amor materno y sus celos, en incansable lucha: á veces le parecía que odiaba á Hortensia, y otras la abrazaba llorando compadecida de su desdicha.

Una noche que se hallaba reunida en su cámara una numerosa tertulia, vió al Emperador acercarse á Hortensia, que hablaba con dos jóvenes damas de honor.

Ante una seña que hizo el Emperador, Hortensia se levantó con la palidez en el rostro.

Napoleón tomó á la joven la mano, y la llevó lejos del círculo donde se hallaban los concurrentes.

Josefina se levantó también sin afectación, y se puso cerca de ellas, fingiendo buscar su pañuelo en una mesa inmediata.

—¡A las diez, está en tu cuarto!—dijo Napoleón,—y espérame allí.

—¿Qué me queréis? preguntó la joven dejando ver en sus ojos la expresión del espanto.

—Hablarle un instante.

—Habladme aquí.

—¡Imposible!—contestó el Emperador;—espérame en tu cuarto: lo quiero, lo mando.

Cuando Napoleón decía—*lo mando*—ningún sér humano podía resistir el imperio de su mirada de águila.

Hortensia inclinó la cabeza; pero él, no contento con esta muestra de muda sumisión, añadió mirándola fijamente:

—¿Irás?

—¡Iré! respondió la joven con voz débil.

Todo este diálogo le había oído Josefina.

A las diez menos minutos, Hortensia, cuya palidez era extremada, se levantó y salió de la cámara.

Un instante después salió también el Emperador, sin despedirse de nadie, y dando á entender por este hecho que iba á volver á entrar en breve.

La Emperatriz se levantó y salió tras él.

Algunas lámparas alumbraban las largas galerías: Josefina se deslizó como una sombra detrás de su marido, sin que éste la oyera.

Napoleón llegó á la puerta de la cámara de Hortensia, que estaba entreabierta, empujó y fué á sentarse al lado de la trémula joven, que se hallaba recostada en un canapé.

—¿Qué me queréis, señor? preguntó con voz apagada y pugnando por retirar su mano, que el Emperador había tomado.

—¡Quiero decirte que te amo! respondió Napoleón.

—Ved que esas palabras son una ofensa á mi madre, á la que sabéis de qué manera amo yo.

—Tu madre no las oye.

—Basta con que las oiga yo, para hacerle, sólo con escucharlas, una mortal injuria.

—¿No sabes desde hace ya mucho tiempo que te amo? prosiguió Napoleón con esa voz precipitada y fatigosa que indica una larga lucha á la vez que una decisión extrema.

—Sí,—respondió Hortensia:—ya sabía que me amabais, y me enorgullecía de vuestro amor.

—¡Será posible! exclamó el Emperador.

—Era feliz con vuestro amor, porque le creía el de un padre á su hija.

—Yo no te amo así,—exclamó el Emperador, estrechando la temblorosa mano de Hortensia, que tenía entre las suyas,—yo te amo de otro modo tan grande, tan inmenso, que no te puedo explicar.

—¿Por qué no domináis ese fatal amor, si es verdad que por mi desgracia os lo inspire?—excla-

mó la pobre joven:—¿es digno de vos el dejaros vencer por él?

—Jamás he querido ni he sabido luchar con mis pasiones,—dijo Napoleón,—necesito enemigos visibles y valerosos que exciten mi esfuerzo con la vista de la suya; pero esos enemigos invisibles son para mí los más formidables.

—Esos enemigos os vencerán, pues,—observó Hortensia;—pero ya que queréis ser vos la víctima de vuestras pasiones, no hagáis que lo sea yo también, y no paguéis así el cariño filial que os tengo.

—¿No me amas de otro modo que como á un padre, Hortensia?

—Nada más, porque pienso en que sois el esposo de mi adorada madre.

—¿Y si no lo fuera?

Tembló el corazón de Hortensia al oír esta pregunta, y tembló aún más el de su madre que, testigo invisible, asistía á aquella escena, apurando hasta las heces el amargo cáliz que el destino le ofrecía: había llegado el momento supremo: ¿qué iba á responder Hortensia á aquella pregunta? Sus palabras iban á ser tal vez la sentencia de muerte de su madre.

Pero el corazón de la hija era el de un ángel, y en aquel instante estaba decretado por el cielo que Josefina recogiese el fruto de su amor maternal y de su inagotable ternura.

—Señor—dijo la joven—si no fuerais el esposo de mi madre, os admiraría solamente.

—¿Y no me amarías?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque mi amor á vos es puramente filial.

—Entonces, ¿por qué tiembles y palideces cuando yo te miro?—exclamó Napoleón clavando fieramente sus ojos en los ojos bajos de Hortensia:—y ahora mismo ¿por qué tiembla tu mano en la mía? ¿Por qué apartas tus ojos de los míos? ¡Habla!

Hortensia se ahogaba: demasiado imperio tenía sobre su corazón el coloso que dominó al mundo; pero comprendiendo que antes debía morir que confesar su amor, contestó.

—¡Porque os temo!

—¿Y no me amas?

—¡Como una hija!

—¡Mientes, gritó el Emperador soltando con ímpetu violento la mano de la joven, y dejándose llevar de la vulgar indignación de la vanidad herida: ¡mientes, niña ignorante, y por lo tanto atrevida! ¡Tú me amas!

—Como á un padre.

—Hortensia, retírate, dijo en aquel punto la pura y clara voz de Josefina, que apareció ante su marido y su hija.

La joven abrió la boca para gritar; pero era tal su espanto, que la voz no salió de sus labios.

—Déjame sola con *tu padre*, hija mía,—prosiguió la Emperatriz, acentuando mucho sus palabras:—dentro de un instante iré á buscarte.

Besó á la joven en la frente, y ésta se dirigió á la puerta con paso tembloroso.

Napoleón se había levantado pálido, rígido, y permanecía inmóvil y con los brazos cruzados sobre el pecho, apoyado en el canapé donde había estado sentado al lado de Hortensia.

Su gesto, su actitud y la expresión fiera de su fisonomía parecían desafiar las reconvenciones de su esposa.

Pero en la dulce fisonomía de la Emperatriz, no se veía ni la sombra de la cólera: sus labios temblaban como la flor agitada por el viento á impulsos de la convulsión del dolor que interiormente sentía; sus ojos, lejos de estar secos y enrojecidos por el enojo, se hallaban llenos de lágrimas: con mano trémula hubo de apoyarse en un sillón para no caer, y era tal su estado de abatimiento, que su marido le dijo con voz serena y efectiva.

—Sentaos.

La Emperatriz se dejó caer en el asiento que Napoleón la ofreció, y consiguió serenar algún tanto su agitado espíritu, hallando, al fin, voz y aliento para hablar.

XVIII.

—No voy, señor, á reconveniros, puesto que es como súbdita á su soberano como voy á hablaros, y no como hablaría la esposa y la madre, igualmente heridas y ultrajadas—dijo Josefina manteniéndose en pie y tomando una actitud respetuosa, pero profundamente triste;—así, no ostentéis ese respeto que parece condenar de antemano una queja, que en manera alguna pienso dirigiros, y lejos de aceptar vuestro benévolo mandato para que tome asiento, permitidme que en pie, como vuestra vasalla, os exponga humildemente mi deseo.

Bonaparte miró asombrado á su mujer. No esperaba que le atacase en aquel terreno, y su sorpresa fué tan grande que ni una palabra pudo contestarle.

—Vengo,—prosiguió la Emperatriz, á implorar vuestra clemencia y vuestra justicia: vengo á pedir que salvéis vos mismo á mi inocente hija, y que la separéis del precipicio en el cual caería irremediabilmente, si vuestra poderosa mano no saliese en su socorro. Hortensia ama á Napoleón Bonaparte: yo, su madre, vengo á pedir al Emperador que la ampare y la separe de su seductor.

—¡Josefina! ¡Sois una extraña criatura! murmu-

ró Napoleón con las mejillas cubiertas de un generoso rubor.

—Soy una madre que implora por su hija sin padre, al solo que puede hacer las veces de tal.

—¿Y qué queréis? ¡Hablad!

—Quiero, y os suplico que me lo concedáis, que el Emperador aleje de mi hija á Bonaparte: ó que el Emperador me permita alejarme con ella, y fijar la residencia de ambas al lado de mi hijo en Alemania.

—¡Cómo! ¡Queréis dejarme!

—Quiero salvar á mi hija de la deshonra.

—¿Tendriais el valor de renunciar á mí, á la pompa imperial, al trono que con vos divido?

—Tendré siempre el valor de cumplir con mi deber.

Reinó el silencio durante algunos instantes.

Josefina, inmóvil, pálida y muda, esperaba su sentencia con el pecho anhelante.

Napoleón la contemplaba con una mezcla de admiración y de piedad.

—Volved á vuestra cámara,—le dijo al fin tomándola afectuosamente la mano, nuestra ausencia puede ser notada; ó si lo preferís, id un instante con vuestra hija, y yo iré á llenar vuestra falta.

—¿Y qué responde V. M. á mi suplica, señor?

—Os respondo, que mañana Napoleón Bonaparte saldrá de París, de orden del Emperador.

—¿Y adónde irá? preguntó temblando Josefina.

—¡Irá... á Holanda, y conquistará ese reino para su hermano, el que será esposo de Hortensia Beauharnais!

La Emperatriz dejó escapar un grito de alegría, y se dejó caer de rodillas á los pies de su marido.

—Y ahora sé de nuevo mi esposa, mi adorada esposa, Josefina mía!—exclamó el Emperador, levantádola y estrechándola sobre su corazón; y ahora está tranquila; no volveré en ver á Hortensia sino en presencia tuya: vuelve pronto á tu cámara, que allí te espero.

Napoleón salió, y Josefina corrió á la habitación inmediata, donde se hallaba Hortensia.

Esta se arrojó llorando en los brazos de su madre.

—Cálmate,—le dijo Josefina,—y déjame que te bendiga con toda la efusión de mi alma, hija mía! Dios recompensará tu valor, tu virtud y tu amor filial; ahora ve á tu cuarto y acuéstate, para reposar de tan violentas emociones.

Al día siguiente, Napoleón salió de París desde muy temprano, y esperó en un pueblo de las cercanías que se le reuniesen las tropas que debían acompañarle á la conquista de la Holanda.

Algunos meses después, Hortensia casó con Jerónimo Bonaparte, hermano de Napoleón, y fué coronada como reina de Holanda, saliendo con su marido para ir á ocupar el trono que Napoleón les había destinado.

Aquella unión no pudo ser más desgraciada: los dos príncipes tenía cualidades brillantísimas, pero la desigualdad de sus caracteres les hacía antipáticos, y bien pronto desapareció hasta la esperanza de una reconciliación.

Del pensamiento de la joven reina no podía borrarle la imagen de Napoleón, á pesar de contar mucha más edad que su esposo, y muchas menos gracias en su persona.

La maternidad pudo consolar algún tanto á Hortensia: su hijo vino á alegrar su tristeza, y en él concentró toda la ternura de su corazón. Napoleón la escribió asegurándola que pensaba nombrar á su primogénito heredero del trono, y exhortándola á dominar la antipatía que profesaba al rey su esposo, y que siendo ya harto visible, era también causa de general murmuración, echándole á ella toda la culpa de la desunión.

Hortensia contestó friamente á esta carta: estaba violentamente indignada contra el Emperador por haberla dado á su hermano, y desde que conoció á éste hubiera perdonado más bien á Napoleón el que la hubiera casado con el último de los caballeros de su corte.

Josefina empezó á sentir de nuevo todas las amarguras del dolor, al pensar en la desgraciada suerte de su hija: sabía que estaba rodeada de aduladores y de personas que aspiraban no sólo á su amor, sino á sus más leves preferencias, y sufría

cruelmente al pensar que la pobre joven, con el corazón vacío, no podría menos de llenarle con otro amor.

Pero la muerte, al arrebatar al hijo de Hortensia, vino á arrebatarle su único consuelo, y á hacer aún más amargos sus pesares.

Toda idea, como todo deseo de galantería, se borró del alma de la joven reina de Holanda, que no viendo en la tierra después de su inmensa desgracia más que á su madre, corrió á buscar en sus brazos el consuelo de que tanto necesitaba, y salió de la Haya, dejando á su marido más irritado que nunca contra ella, y más deseoso de llevar á cabo una formal separación.

XIX.

La tempestad estalló al fin sobre la cabeza de Josefina.

Un día resonó en todos los ángulos de París un rumor sordo, pero formidable: este rumor decía:

—El Emperador se divorcia de su esposa.

Aquel rumor llegó á oídos de la Emperatriz, y aunque le pareció absurdo, palideció, llevó las manos al corazón, y pensó en Teresa.

Fué á la habitación de su marido, segura de que se reiría con ella de lo que se decía; pero Napo-